

Almudena Cid

Ilustraciones de Montse Martín



 Olympia

PUNTERAS NEGRAS

Olympia es una chica muy especial, y es que tiene un sueño por el que luchará más allá de lo imposible: Olympia quiere ser gimnasta olímpica. Antes tendrá que superar muchos obstáculos y vencer muchas dificultades. A veces parece que es ¡un sueño inalcanzable! Pero también vivirá momentos mágicos porque Olympia cuenta con el apoyo de sus compañeras y con el cariño de sus padres... y con David, que siempre está a su lado haciéndole reír aun en los peores momentos y, Ortzi... bueno Ortzi es especial.





Y ellos el impulso hacia mis sueños

Hace un calor de desierto en pleno verano, pero la Increíble Volteretista ni lo nota y escucha muy bajito los aplausos de la grada del estadio olímpico: un pabellón enorme de seis alturas y con sitio para un millón de espectadores, todos al tiempo gritando su nombre —«¡¡O-lym-pia, O-lym-pia, O-lym-pia!!»—, mientras se coloca en una esquina del tapiz con las mazas en la mano...

«No, las mazas no, mejor la cinta...».

En una esquina del tapiz con la cinta en la mano y...

«¿O el aro?... No. La cinta, definitivamente».

Eso. En una esquina del tapiz con la cinta en la mano, y poco a poco todo el mundo se va callando porque el futuro de la gimnasia rítmica está en juego. Van a vivir un acontecimiento único. Tremebundo. Impresionante. Empieza a sonar la música y la Increíble Volteretista mira hacia abajo y se fija en las punteras...

Olympia se frenó de golpe y salió de su fantasía justo antes de cruzar la calle, cerca del nuevo polideportivo. Había preparado la mochila en un minuto porque no quería llegar tarde al entrenamiento, había bajado de dos en dos los escalones desde el sexto piso hasta el portal y había echado a correr para coger el autobús, que, por cierto, había perdido, así que le había tocado seguir corriendo. Y ahora de pronto tenía una duda.

El maillot lo había guardado en la mochila seguro, y lo mismo los calentadores de lana negra con un hilo dorado que le había hecho su madre para su primer día en el club nuevo de gimnasia rítmica. Pero ¿había guardado las pun-

teras? Se arrodilló en el suelo y abrió la mochila delante de ella. Maillot: sí. Calentador: sí. Punteras... Aquí. Vamos.



Era el mes de septiembre, justo la vuelta de las vacaciones después de un verano largo, porque hacía un montón que la entrenadora no les daba dos meses enteritos libres. Algo así era impensable en un deporte como la gimnasia rítmica, pero es que ese era el tiempo que habían necesitado para que terminaran de construir el polideportivo del IVEF, el Instituto Vasco de Educación Física. Se suponía que era una instalación exclusiva para los estudiantes de Educación Física, pero una de las responsables del club era profesora allí y había logrado meter a todas sus gimnastas. A cambio, el equipo llevaría el nombre de «Club IVEF de Victoria» y entrenaría por las tardes, que era cuando no había clase.

Se colgó la mochila a la espalda y echó a correr otra vez. Olympia corría distinto a como corren la mayoría de las niñas: iba casi saltando, como si estuviese cruzando un río de piedra en piedra, apoyando solo las punteras de los pies, como si no tocase de verdad el suelo.

Si hubiese mirado un momento a su derecha, se habría visto reflejada en el cristal del nuevo pabellón: una niña de doce años morena y delgada, con los ojos color miel —porque en invierno eran marrones y en verano, verdes, y el color miel era una mezcla de ambos—, con unas piernas larguísimas y la mochila rebotando a su espalda. Como no miró a su derecha, no se vio. Pero tenía excusa: es que había regresado a la fantasía de su gran actuación olímpica, una actuación que iba a hacer historia, y por arte de magia lo que le faltaba por recorrer para llegar a la entrada ya no eran los últimos 25 metros del lateral del polideportivo, sino los 18,4 metros de la diagonal de un tapiz de 13 por 13.

El último lanzamiento de un ejercicio difícilísimo. Está en juego conseguir algo que nunca nadie ha conseguido: el ejercicio perfecto. Y con él, la salvación del planeta.

Un inciso muy pequeño para explicar que Olympia todavía no tenía del todo claro cuál era su sueño. Unas veces era lograr el 20, la nota máxima jamás obtenida por ninguna gimnasta; otras era hacer perfecto un lanzamiento imposible que dejaba a todo el mundo con la boca abierta. Y lo mismo le pasaba con la «recompensa»: ese triunfo le podía asegurar un lugar en la historia de la gimnasia, o la salvación de la Tierra, o la medalla de oro, o una medalla de platino que se inventaban para ella porque el oro se le quedaba corto. Lo que tenía claro es que iba a hacer algo que nadie había hecho nunca. Eso era un fijo, lo que de verdad de verdad le gustaría, y el resto iba cambiando según el día.

Esa tarde de septiembre su imaginación andaba como loca: lo mismo le daba por pensar que si hacía bien el ejercicio iba a salvar la galaxia, pero si al final salía por ahí, había que entenderla.

La grada contiene el aliento, pero ella lleva años y años entrenándose justo para eso. Seis segundos para que acabe el ejercicio: se prepara y lanza el aparato más alto que nunca, luego hace cinco volteretas y coge la cinta con los

pies. ¡Ha clavado el ejercicio! Con la última voltereta, la Increíble Volteretista ha recorrido la última diagonal y marca la posición final, sin moverse. Los jueces no esperan ni un momento, la puntuación sale en todas las pantallas del pabellón:

DIFICULTY	EXECUTION	PENALTIES	TOTAL
10	10	0	20

¡¡Medalla de oro olímpica!!

El público rugía otra vez en sus oídos y, cuando dobló la esquina del IVEF, iba roja como un tomate y jadeando después de la carrera, mientras se imaginaba camino del kiss and cry con la cinta entre las manos y una sonrisa de oreja a oreja.

Solo que la sonrisa no le duró mucho.

De pronto, allí estaban sus nuevas compañeras. Y allí estaban también los miedos que llevaban con ella desde hacía por lo menos tres semanas, cuando empezó a pensar en lo que le esperaba. «¿Y si no me aceptan?».

Porque Olympia tenía una imaginación increíble —«Mira que tiene imaginación tu hija», le decía a su madre día sí día no la madre de Marta, su vecina—, y siempre había sido muy creativa, pero cuando bajaba de las nubes y echaba pie a tierra, esa confianza desaparecía. Lo mismo por eso corría con las punteras.

Frente a ella tenía un grupo mediano de unas quince chicas, cuatro de ellas de una edad muy parecida a la suya, que hablaban y se reían. Su nueva entrenadora aún no había llegado, así que caminó hacia ellas hecha un manojo de nervios y sin tener ni idea de qué iba a decirles (porque por muy observadoras que fueran, ni con Rayos X habrían visto en Olympia a una gran gimnasta, solo a una niña a la que todavía no conocían).

Una con el pelo castaño, la más bajita del grupo, se fijó en ella y le sonrió, pero el resto ni se enteró y ella se quedó inmóvil a tres pasos, como si la hubiesen atornillado al suelo, mientras trataba de controlar la respiración. Qué desastre. Casi notó cómo la cinta que tan bien había recogido en sus pies al acabar las cinco volteretas de su ejercicio imaginario —«¡¡O-lym-pia, O-lym-pia, O-lym-pia!!»— se convertía en mazas y las dos le caían una detrás de otra pero esta vez en la cabeza.



¡Noticias, noticias! ¡Después de entrar en la Historia, la Increíble Volteretista se convierte en la Volteretista Muda!

«Di algo, di algo», se repetía con la respiración tan acelerada que parecía que seguía corriendo.

—Se nota que no has entrenado estas vacaciones... — escuchó mientras sentía unos pasos a su espalda.

La respiración de Olympia se cortó de golpe al tiempo que todas las chicas se ponían en marcha para saludar a la recién llegada.

Se trataba de una mujer delgada, con la mandíbula fuerte y una melena corta, pelirroja y rizada —pero rizada de permanente—, que caminaba hacia la entrada del polideportivo con un chándal de terciopelo azul y un bolso deportivo colgado del hombro. La nueva entrenadora. Le habían dicho que se llamaba Iratxe, y de entrada le impuso mucho su gesto serio, aunque la mujer esbozó una sonrisa al ver aproximarse a todas sus gimnastas. A todas, menos a Olympia, que se quedó donde estaba.

En fila, Iratxe comenzó a dar besos a todo el equipo, y entre beso y beso miraba a Olympia, que seguía clavada en el sitio, sin pestañear y con las palabras «se nota que no has entrenado estas vacaciones» repitiéndose en su cabeza.

Desde luego, estaba claro que aquel año iba a ser distinto a todo lo que había conocido hasta la fecha.



¡CLONC!

—¡Olympia, ¿qué te he dicho del cepillo?!

Mina acababa de oír un golpe que llegaba de la habitación de su hija. Ella y su marido estaban terminando de desayunar en la cocina, pero Olympia ya se había levantado de la mesa y había corrido a su cuarto para peinarse antes de subir a jugar a casa de Marta, que vivía en el séptimo, justo encima.

—¿Ese ruido ha sido Olympia? —preguntó Tomás.

—La Reina de los Malabares —rió Mina—. Ahora le ha dado por lanzar el cepillo al aire y cogerlo por el mango. Como siga así, termina haciendo un agujero en el techo.

—Si lo hace, lo ensanchamos un poco y ponemos unas escaleras. ¿Tú no querías un dúplex?

—Muy gracioso.

¡CLONC!

—¡Olympia!

Esa mañana de domingo había sido hacía cinco años. Olympia todavía tenía siete y llevaba todo el verano jugando con Marta a desafíos gimnásticos.

«A ver hasta dónde puedes levantar la pierna».

«A ver hasta dónde puedes doblarte».

«A ver quién de las dos lleva más hacia delante la punta de los dedos sentada en el suelo y con las piernas estiradas».

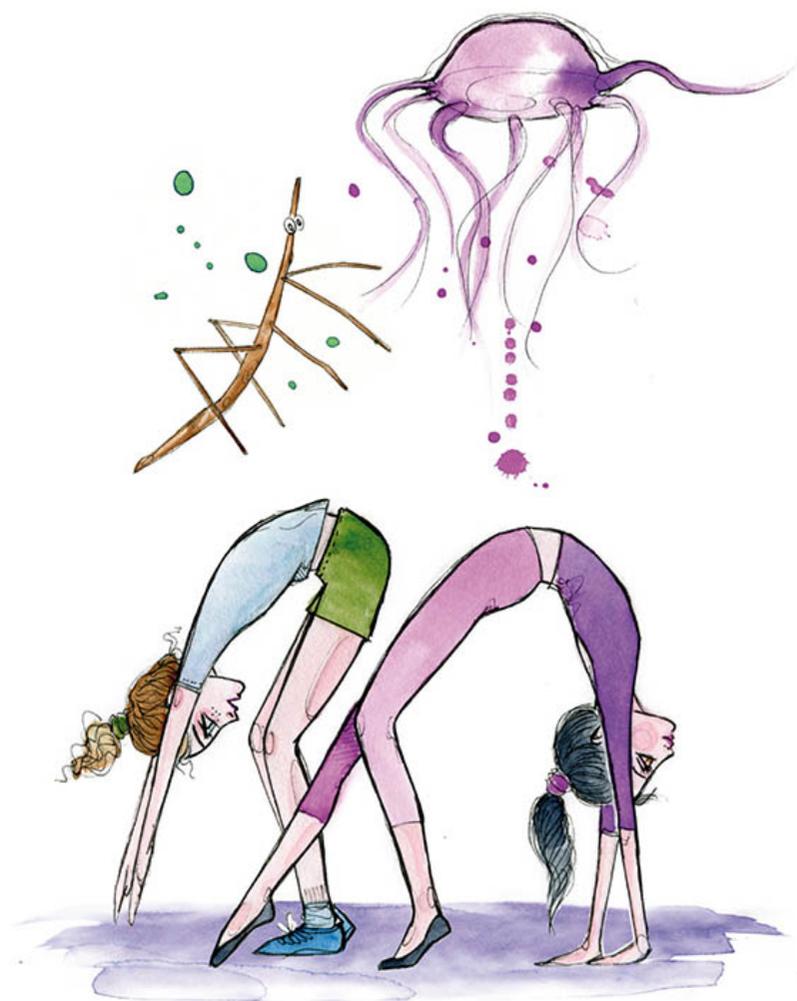
«A ver quién tira más alto la cuerda y la coge sin que toque el suelo»...

Así, todo junio y todo julio y todo agosto.

—No para quieta. Igual podíamos apuntarla a algo —dijo Mina, porque acababa de acordarse de que el lunes abrían las matrículas para las clases extraescolares.

A ella le gustaba mucho el ballet y así fue como Olympia empezó a hacer gimnasia rítmica, aunque eso no hizo que dejase de ponerse a prueba con Marta, ni de tirar al aire el cepillo para intentar cogerlo al vuelo y continuaron sonando los ¡CLONC! y los «¡Olympia!» en la casa.

Comenzaron así unos años increíbles. Al principio eran solo dos tardes a la semana. Después de clase, se quedaba en el gimnasio del colegio con otras niñas de su edad y con Agurtzane, su primera entrenadora. Todo eran juegos pero, sin darse cuenta, Olympia cada vez era más coordinada, cada vez era más flexible, cada vez era más disciplinada... Seguía jugando con Marta, aunque ahora la diferencia entre ellas era mayor.



—¡Tú no tienes huesos como las personas normales! — se quejaba su amiga. Ella era menos flexible: de pie, hasta le costaba un poco plantar las palmas de las manos en el suelo doblando la cintura y hacía trampas flexionando un poco las rodillas—. ¡Eres de chicle! ¡Una medusa!

—Y tú eres de madera. Un insecto-palo —le respondía ella haciendo el puente.

—Espero que por lo menos ese bicho sea rápido.

Casi el mismo verano en que Olympia empezó con la gimnasia, Marta había entrado en un club local de atletismo: hacían carreras, relevos de equipo... Las dos estaban muy contentas con sus equipos y sus entrenadores, aunque sabían que cada vez tenían menos tiempo para verse y bajar al parque o hablar de lo que les pasaba en el colegio y de cómo avanzaban en sus clubes.

Los dos días a la semana de Olympia pasaron a tres el segundo año, y cuando cumplió los diez ya entrenaba todos los días dos horas diarias menos los sábados y domingos. Al cumplir los once, se le sumaron también los sábados completos. A ella no le cansaba. Le encantaban ese rato con Agurtzane y el resto del equipo.

En esos cinco años había aprendido a manejar la cuerda, el aro y la pelota. Unos mejor que otros. La cinta era la más difícil porque, aunque ella podía utilizar una de 5 metros ya que aún era pequeña, tenerla en constante movimiento agotaba su muñeca. Se echaba las manos a la cabeza cuando pensaba que un día tendría que manejar los 6 metros como las mayores.